JOSÉ ANTONIO MARINA

es@lavanguardia.es

crear

LA ESTUPIDEZ

Hace años descubrí la conveniencia de elaborar una *estupidología*, es decir, una teoría y ciencia de la estupidez, dada la importancia del tema en la vida personal y social. Decir que el ser humano es el único animal que tropieza diez veces en la misma piedra no es una noticia para echar las campanas a vuelo. Escribí *La inteligencia fracasada* y, desde entonces, mi biblioteca acerca de este asunto no hace más que aumentar. Durante siglos, de la estupidez se ha hablado en forma ingeniosa o irónica. Recuerden el *Elogio de la estulticia* de Erasmo. Y también el nutrido repertorio de leyes famosas. Por ejemplo, la de Parkinson: "El trabajo se expande hasta ocupar todo el tiempo disponible para su desarrollo completo". O "El gasto se eleva hasta igualarse con los ingresos". El principio de Peter: "Los miembros de una organización prosperan hasta alcanzar el nivel superior de su competencia, y luego los ascenderán y estabilizarán en un puesto para el cual son incompetentes". Scott Adams se está forrando con el principio de Dilbert, o con su libro *Cómo prosperar en el siglo XXI gracias a la estupidez*. En cambio, las leyes de la estupidez que escribió Carlo Cipolla son serias: "Una persona estúpida es una persona que causa daño a otra persona o grupo de personas sin obtener, al mismo tiempo, un provecho para sí, o incluso obteniendo un perjuicio". Una teoría de la estupidez debe responder a una pregunta: ¿por qué si somos tan inteligentes hacemos tantas tonterías? Una cosa es la inteligencia que tenemos y otra el uso que hacemos de ella. Recuerdo como ejemplo de estupidez la relación de los protagonistas de *¿Quién teme a Virginia Woolf?*, la obra de Albee. Una pareja inteligente cuya única razón para vivir juntos es destrozarse. Cuando el uso de la inteligencia está regido por patrones emocionales y no al revés, pueden aparecer comportamientos estúpidos incluso en personas que en otras condiciones actúan razonablemente. Los fervores bélicos han provocado miles de comportamientos estúpidos, como la carga de la brigada ligera, durante la guerra de Crimea. Tennyson escribe un famoso poema elogiando el heroísmo, pero señalando: "Sin que los soldados lo supieran, alguien se había equivocado".

Raúl

SI EL TRÁNSITO INTESTINAL HABÍA SIDO ADECUADO, SU MAJESTAD DISPENSABA SUS FAVORES DE FORMA GENEROSA

Pero hay un ejemplo de estupidez especialmente llamativo: la vanidad. Los ceremoniales cortesanos han sido siempre fuente de estupideces. Francisco I de Francia introdujo un cuidadoso protocolo para ir al retrete. Instauró el cargo de "portador de la silla agujereada" (*chaise percée*), aunque el título era eufemístico: *porte-chaise d'affaires*. Los dignatarios honrados con el cargo desempeñaban sus funciones ataviados con uniformes especialmente diseñados, cubiertos de medallas y portando espada. Eran tareas muy codiciadas en la corte, porque si los resultados eran buenos, es decir, si el tránsito intestinal había sido adecuado, su majestad dispensaba sus favores con generosidad. El acontecimiento solía ser público. Eso le pareció mal a Luis XIV, que introdujo restricciones. Cuando utilizaba la *chaise percée*, durante una media hora, sólo permitía la presencia de los príncipes y princesas de sangre, de madame de Maintenon, de sus ministros y de los principales dignatarios de la corte. Unas cincuenta personas. Volveré sobre el tema, porque es inagotable. ■